

“Soy Macho porque me la aguanto”. Etnografía de las prácticas violentas y la conformación de identidades de género masculino.

José Garriga Zucal.

Cita:

José Garriga Zucal (2004). *“Soy Macho porque me la aguanto”.* Etnografía de las prácticas violentas y la conformación de identidades de género masculino. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/233>

“Soy Macho porque me la aguanto”.

Etnografía de las prácticas violentas y la conformación de identidades de género masculino.

José Garriga Zucal

Licenciado en Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Maestrando Antropología Social IDES-IDAES. Doctorando Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Becario Conicet, 2004-2006.

Un abordaje al fenómeno de la violencia en el contexto del fútbol

Este trabajo investiga etnográficamente a uno de los actores violentos del fútbol, denominado la *hinchada*¹, analizando una de sus prácticas violentas, sus experiencias y las interpretaciones que ellos mismos le confieren. Esta elección analítica permite abordar los vínculos entre éste tipo particular de acción y la construcción de identidades de género. Distintas acciones de los integrantes de la *hinchada* tienen como meta la identificación con el universo masculino: ciertos movimientos corporales, los juegos de mano, consumos de alcohol y de estupefacientes, etc. Sin embargo, estas prácticas no acreditan la masculinidad si no han demostrado el conocimiento de técnicas de lucha corporal en el enfrentamiento contra *hinchadas* adversarias. Una de las tantas prácticas violentas actuadas por este grupo de hinchas, denominada el *combate*, prueba el conocimiento de técnicas que el grupo considera sólo competentes al género masculino. En un *combate*, los luchadores demuestran conocer destreza corporal en la lucha y la resistencia al dolor ocasionado por las heridas fruto de “la batalla”. Aquellos que prueban dichos conocimientos se hacen poseedores del bien simbólico *aguante*; bien simbólico de notable relevancia que instaura a los sujetos como “verdaderos hombres”

diferenciándolos de los “putos”, distinguiendo a los participantes de aquellos que se identifican como hombres pero no utilizan la violencia como prueba de su masculinidad. El *aguante* confiere honor y prestigio, e instaura formas de actuar validas para distinguir a los hombres. La concepción de género revela la construcción cultural de la definición de lo “masculino” y lo “femenino”, exhibe la institución de ciertas prácticas que toman el valor legítimo de identificar con el modelo ideal de cada género. La participación en los *combates* es la práctica legítima que hace de los hinchas “machos”, práctica debeladora del *aguante*, única práctica corporal capaz de identificar con la concepción ideal de “hombre”.

El fenómeno violento en el fútbol ha sido en reiteradas oportunidades interpretado como la acción de quienes no han alcanzado el estado de civilización racional, entendiendo la violencia como una conducta característica de la irracionalidad. En el campo académico, la escuela de Leicester fundamentó este tipo de hipótesis. El trabajo de Dunning (1992), perteneciente a esta corriente, entiende a los violentos del fútbol insertos en bolsones de incivilización, reduciendo el fenómeno de la violencia a los sectores “rudos” de la clase trabajadora inglesa. El trabajo etnográfico realizado por Armstrong (1999) entre los hooligans ingleses del Sheffield United, demuestra que los sectores violentos poseen una composición mucho más amplia que la marcada por Dunning (1992). Asimismo, abandona las hipótesis evolucionistas en torno al hooliganismo para interpretar de manera adecuada los sentidos que tienen para los actores sus acciones violentas.

Las interpretaciones que conciben a la violencia como una acción irracional propia de un estado de incivilización, eluden la representación social de estas acciones y sus relaciones con formas de pensar y prácticas sociales. La tarea de los investigadores sociales es descubrir los significados de las acciones que parecen

incoherentes y arbitrarias, revelando el trasfondo de coherencia que existe en el comportamiento de los agentes sociales.

En este sentido, la violencia debe ser interpretada como una construcción cultural que tiene distintas fisonomías según las prácticas y representaciones que la nutren de significación (Robben y Nordstrom 1995), una acción con sentido igual que otras acciones sociales. De esta forma, la práctica violenta es socialmente constituida según los parámetros culturales de sus practicantes. La fisonomía de la violencia en el fútbol toma distintos matices según los países en donde los hechos se producen; en el caso Argentino posee sus características propias, diferentes y distintivas de las particularidades que el mismo fenómeno tiene en el resto del mundo.

El Caso y la metodología

El trabajo de campo fue realizado entre Febrero de 1999 y junio del año 2000, entre los integrantes de la *hinchada* del club Colegiales². Una pequeña descripción social del grupo no puede obviar decir que los integrantes de la *hinchada* son jóvenes de sexo masculino, que habitan en el barrio cercano al estadio, pertenecientes a los estratos medios y bajos de la sociedad. Este grupo no sólo está ligado a la violencia sino también a las actividades delictivas y al consumo de drogas y al abuso del alcohol. El club por el cual simpatizan es una institución pequeña, con menos de 500 socios, que milita en las categorías de ascenso del fútbol argentino; ubicado en el barrio de Munro a unos pocos kilómetros de la Capital Federal, en el primer cordón del conurbano. El club y una plaza cercana al estadio son puntos de reunión comunes a los participantes de los *pibes*. Antes de cada partido los miembros se reúnen, beben vino o cerveza y fuman marihuana, charlando sobre las *hinchadas* rivales y recordando viejas peleas. Participar otorga un sentimiento de comunidad de intereses. Ser parte, convertirse en un miembro, otorga la sensación de ser

participes de una asociación que tienen formas de actuar y de pensar en común. La participación en peleas, la fidelidad al equipo sin importar la situación por la que éste atraviese, el fervor probado a través de cantos y saltos, son los instrumentos identificatorios de los simpatizantes con la *hinchada*. Aquellos sujetos que quieran ser reconocidos como parte de la *hinchada* deben llevar a cabo estas formas de actuar que son comunes a todos los integrantes.

La metodología de la observación-participante permite conocer las concepciones de los nativos desde sus propias ópticas, dar cuenta de cómo los actores otorgan sentido a sus actividades diarias, ya que posibilita conocer las prácticas y sentidos cotidianos en sus vidas. Participar y observar las actividades usuales de los miembros de la *hinchada*, compartiendo su mundo social, permitieron conocer sus ideas acerca de la violencia, conocer las prácticas violentas y sus respectivas formas de pensarlas, pudiendo reconocer las vinculaciones entre las acciones violentas y las identidades de género.

El combate

Los enfrentamientos o *combates* son una de las prácticas violentas en que actúan los integrantes de la *hinchada*. Esta es una acción de lucha corporal, peculiaridad que la diferencia de otras formas de violencia. En el combate el cuerpo es la herramienta de lucha. Los enfrentamientos pueden tener lugar en calles, estaciones de trenes o autopistas y a pesar de las diferencias entre estos espacios posee características comunes que se repiten. Diferenciamos dos instantes en el enfrentamiento: una primera etapa, inmediatamente posterior al encuentro entre grupos adversarios en el que éstos se estudian e intimidan mutuamente; un segundo momento, cuando se produce el choque entre las parcialidades.

Cuando dos grupos adversarios se encuentran, se conforman los límites imaginarios de un campo de batalla: el grupo que se retira de estos límites será el perdedor de la pelea. En este primer momento, las primeras líneas de cada *hinchada* se separan por unos pocos metros. Ambos bandos intentan intimidar al oponente a través de gritos, movimientos corporales y piedrazos que tienen como fin amedrentar a los contrincantes. Teniendo como fin hacer retroceder al adversario llevándolo más allá de los límites del campo de batalla, las *hinchadas* se arrojan variados elementos: piedras, botellas, palos, cestos de basura, etc. A medida que arrojan estos elementos los *luchadores* lentamente avanzan hacia el enemigo. Si ninguna de los dos grupos contrincantes retrocede se produce el enfrentamiento.

En la segunda etapa del *combate* se producen los encuentros cuerpo a cuerpo o “mano a mano”, en éstos se pone en juego la sapiencia de técnicas de lucha callejera. Las luchas cuerpo a cuerpo se caracterizan por su extrema violencia, los brazos, piernas y la cabeza son herramientas útiles para herir al contrincante. Con este mismo fin utilizan otros elementos: los cinturones usados como látigos, palos y piedras empleados como armamento manual. Los contendientes exhiben una manera común de pararse frente al adversario, también tienen una forma de arrojar puñetazos y puntapiés que los caracterizan. De esta forma la lucha callejera será entendida como una técnica que, aprendida por los hinchas, los identifica como luchadores y hombres.

En el *combate* el triunfador es el que se “para”, aquel que “no corre”, el que va “al frente”. La permanencia en el campo de batalla adjudica la victoria; el que se retira, ya sea vencido por la lucha corporal o huyendo de esta, es el derrotado. El que enfrenta al adversario y permanece en el campo de batalla venciendo al contrincante

o resistiendo la derrota, pero sin retirarse, es el que se hace poseedor de un bien simbólico de valiosa importancia.

El aguante

Los miembros de la *hinchada* conciben al *aguante* como el principal bien simbólico que se disputa en el contexto del fútbol. Éste engloba los saberes de la lucha callejera y la resistencia al dolor de las heridas ocasionadas en el enfrentamiento. El conocimiento de técnicas de lucha y resistencia al dolor sólo puede ser probado en la lucha corporal; componiendo un bien simbólico, que permite distinguir dos tipos de hombre. El Tano, uno de los miembros de la *hinchada* rememorando una pelea contra una *hinchada* adversaria decía: “les demostramos quienes somos los machos, los metimos a las piñas a la cancha”. Esta frase muestra la relación entre conocimientos de lucha y las identidades de género, el *aguante* es la concepción nativa que media entre estas.

Bourdieu manifiesta que el “capital simbólico es cualquier propiedad (cualquier tipo de capital, físico, económico, cultural, social) cuando es percibido por agentes sociales cuyas categorías de percepción son de tal naturaleza que les permiten conocerla (distinguirla) y reconocerla, conferirle algún valor” (1997). Los hinchas distinguen y conceden un valor relevante a aquellos compañeros que demuestran un saber físico en una lucha corporal ante *hinchadas* adversarias. Este capital simbólico permite distinguir entre el hombre y el no-hombre, según quien lo posee.

El honor es una forma típica de capital simbólico, ya que valora comportamientos y propiedades determinadas como honorables o deshonorables. En cada sociedad, en cada momento dado, el honor toma aspectos distintos en relación con las formas de vida y el sistema intelectual de cada cultura, que permite expresar la aprobación y desaprobación de conductas y formas de pensar (Pitt-Rivers 1980). El honor es

entendido como un bien, una posesión que insta a los nativos en una identidad social determinada (Pitt-Rivers 1980). Este bien sólo puede ser adquirido a partir de la acción violenta, no existe otra forma de probar el conocimiento de los saberes de lucha y resistencia que no sea a través de un *combate*. De esta forma, se jerarquiza a los participantes como poseedores o desposeídos, aquellos que “tienen *aguante*” o los que no lo tienen. Los sujetos o grupos que en un enfrentamiento entre *hinchadas* resulten victoriosos detendrán el *aguante*, como un bien que los ubica en una posición relacional.

La distinción entre poseedores y desposeídos de este capital simbólico es de gran importancia. Durante el trabajo de campo escuché en distintas oportunidades: “los putos de... (el rival de turno) no se la aguantan”, “los pibes de x no se la aguantan”. Es de suma importancia clasificar a los sujetos y grupos como poseedores o no poseedores del *aguante*, dividiendo entre aquellos que “tienen *aguante*” de los que “no tienen *aguante*”.

De la misma manera, la organización de los cuerpos luchadores permite reconocer la distinción que existe al interior del grupo según el *aguante* de sus integrantes. Al momento del enfrentamiento los líderes que ocupan la primera línea son los más respetados. Que unos pocos formen la primera fila no implica la falta de *aguante* de los hinchas que los siguen. Existe una diferencia de status como luchadores que se refleja en la ubicación en los *combates*, conformando una estructura jerárquica; los líderes de cada grupo conforman un estrato distinto al resto de los integrantes, considerados superiores por su *aguante*. No existe una deshonra de los hinchas que forman la retaguardia; todos los participantes del *combate* (sólo si han triunfado) se consideran poseedores del *aguante*. La victoria en el enfrentamiento otorga la posesión del bien simbólico, tanto para la vanguardia como para la escolta.

En el ámbito del fútbol encontramos dos conceptos de *aguante*. Por un lado, el referido por los integrantes de la *hinchada* aquí analizado. Por otro lado, el concepto de *aguante* que utilizan otros concurrentes no participantes de actos violentos. Estos últimos refieren como *aguante* a la fidelidad al equipo, a la actitud estoica de acompañar a su equipo sin importar la situación futbolística que éste atraviese. Para los integrantes de la *banda* la fidelidad al equipo funciona como identificador con el grupo, pero es un bien simbólico de menor relevancia que el *aguante*. Este último, concebido como acto de estoicismo, no está relacionado con la fidelidad en situaciones adversas sino con resistir el dolor de heridas reales producto del *combate*. El *aguante* concebido de formas distintas se conforma como herramienta de identificación, distinguiendo dos universos de simpatizantes distintos.

Una cuestión masculina: "Cosa de machos"

El fútbol es un universo masculino. En los discursos de los simpatizantes del fútbol argentino, las canciones y relatos, encontramos una variada gama de elementos que están directamente conectados con identidades de género. Los cantos y relatos de los hinchas están colmados de competencias que dirimen cuál es en realidad hombre y cuál no. Archetti (1985) sostiene que los simpatizantes argentinos son actores del espectáculo futbolístico, que a través de su acción no sólo ponen en juego el prestigio del club sino también la masculinidad de los participantes. Para este autor el fútbol argentino es un espacio estrictamente masculino, donde los hombres y los proyectos de hombre, adolescentes y niños, tratan de construir un orden y un mundo varonil (Archetti 1985 y 1987). Esta construcción de órdenes se transforma en discursos morales, estableciendo fronteras entre lo permitido y lo prohibido, entre los "atributos positivos y negativos de lo que idealmente se define

como masculino” (Archetti 1985); discursos morales que constituyen prácticas distintivas.

El *aguante*, para los integrantes de la *hinchada*, está ligado a la noción nativa de “macho”, las técnicas de lucha y de resistencia al dolor son conocimientos que solamente competen a los “verdaderos hombres”, conocimientos distintivos en el camino de la estructuración de identidades de género. Esta distinción revela el lugar esencial que adquiere la práctica violenta en la construcción de los elementos identitarios de género.

La perspectiva de género, según Marta Lamas (1993) y Scott (1990), permite exhibir a la acción cultural como formadora de las ideas que dicen cómo deben ser y actuar los hombres y cómo las mujeres; esta perspectiva permite enfrentar al determinismo biológico que asigna las diferencias entre los sexos como “naturales”. Las diferencias entre los géneros se construyen socialmente “diferenciando un conjunto de prácticas, ideas y discursos” (Lamas 1993). Las diferencias culturales asignadas a lo “masculino” y a lo “femenino”, fundamentan las identidades de género, que crean sentimientos y sentidos de identificación. Numerosos trabajos etnográficos ejemplifican la construcción cultural de las diferencias de género, asignando a cada sexo formas de ser y actuar diferenciadas y diferenciadoras.

Los estudios etnográficos realizados en clubes europeos exhiben lo masculino como esencial de la identidad de los hinchas. Bromberger (1993) realiza una etnografía de los seguidores del Nápoles y del Olympique de Marsella, y analiza a la masculinidad como uno de los factores más importantes en la estructuración de identidades para los simpatizantes europeos, exhibiendo al fútbol como un espacio privilegiado donde los individuos afirman su hombría. El mismo camino recorre la investigación etnográfica realizada por Armstrong (1999) que reveló relaciones entre la violencia

en los espectáculos futbolísticos y los discursos de la masculinidad. Armstrong (1999) afirma que los hooligans en su adolescencia penetran en procesos de socialización donde deben demostrar masculinidad. Los jóvenes, para ser considerados como hombres, deben probar valentía en peleas callejeras, demostrar virilidad al concretar un gran número de relaciones sexuales con acompañantes ocasionales, evidenciar que están preparados para emborracharse en los pubs y luego afrontar las peleas que son el clásico desenlace de noches de embriaguez. Los jóvenes socializados en este ámbito aprenden a ser “duros”, a ser “machos”. Los estadios de fútbol y las peleas que en este ámbito se originan son un excelente campo en donde demostrar características masculinas.

Tanto en la Argentina como en Inglaterra el fútbol se construye como una arena propicia en donde se puede, a través de las acciones violentas, probar la masculinidad.. Sin embargo, encontramos diferencias entre las prácticas violentas de ambos países. Según Armstrong (1999) la violencia hooligans legitima la identificación con el mundo masculino adulto. En cambio, en el caso argentino los jóvenes luchadores buscan a partir de su participación en la identificación con el género masculino, contrapuesto a lo homosexual. Los hinchas de Colegiales emplean a la violencia como herramienta de identificación con un mundo masculino contrapuesto al homosexual.

El *aguante* es la autoafirmación simbólica de la hombría, transformándose en la característica primordial de la masculinidad, equiparando los significados: “macho” y *aguante*. En variadas oportunidades los hinchas dicen : “sólo los hombres se la aguantan” o “que el fútbol es cosa de machos”. De esta manera, el *aguante* se construye como una herramienta que posibilita diferenciar al “macho” del “puto”,

El “macho” y el “puto”.

La diferenciación entre los polos, hombre y homosexual, pone en juego prácticas y discursos en búsqueda de la distinción. Los simpatizantes deben diferenciarse no de la mujer sino del hombre no poseedor de los atributos que hacen al “macho”. El hombre se caracteriza por la posesión de las cualidades masculinas: los “huevos”, fuerza física, valentía, etc.; el no-hombre se caracteriza por la carencia de estas cualidades. A través de la construcción de una alteridad homosexual se distingue del sexo opuesto y de aquellos grupos o sujetos que según sus propios parámetros sociales no encajan en su modelo ideal. El trabajo de conformación de lo masculino, elimina las marcas de pertenencia al sexo opuesto, ya que están en contradicción con los parámetros de hombre viril. Por lo tanto, aquellos que biológicamente comparten sus características sexuales pero que no poseen la misma identidad de género, ya que sus representaciones corporales y sus prácticas son distintas, no son incluidos dentro de la categoría de “macho”, considerándolos homosexuales.

Para los integrantes de la *hinchada*, “macho” es el que afronta la lucha, venciendo al adversario con el conocimiento de una técnica corporal de lucha y/o resistiendo el dolor de las heridas ocasionadas en el enfrentamiento. “Puto” es el que huye del campo de batalla rechazando el encuentro cuerpo a cuerpo. Esta delimitación arbitraria es consagrada en el campo de batalla, a través de la práctica violenta.

En el ámbito del fútbol se realiza un ejercicio “de exageración de los atributos sexuales propios, ya sea físicos (órganos sexuales) o de personalidad (actitudes propias de lo masculino)” (Gil 1998). Para los hinchas el principal de estos atributos son los “huevos” (testículos); curiosamente, éstos no sólo son atributos físicos sino también de personalidad. En el plano físico, asociados con la reproducción, limitan los espacios con los polos opuestos; en el plano de lo personal los “huevos” se encuentran relacionado con las habilidades de lucha y resistencia al dolor. Un

integrante de la hinchada, Tino, luego de pelearse contra otro miembro de la *hinchada*, decía: “Se viene a hacerse el Superman en la tribuna, y va en el micro con los jugadores. Ahoraviene a hacerse el hombre y siempre fue un cagón, no tiene huevos para pelear mano a mano”.³ Tino intenta situar a las conductas de su contrincante como acciones propias de los “putos”, acusándolo de cobarde, ya que viajaba hacia los estados visitantes en los micros de los jugadores, evitando así los *combates*. Y aún más importante afirma que su adversario no posee la valentía para luchar “mano a mano”, ya que no tiene “huevos”. Los testículos aparecen aquí como sinónimos de valentía y de la masculinidad.

La distinción entre “machos” y “putos” realizada en un plano discursivo mantiene un correlato con prácticas violentas. Los relatos y cantos construyen un “otro”, temeroso y “cagón” por su falta de valentía y “huevos”, un “puto” que rehuye al enfrentamiento con su adversario, contrapuesto con el “macho”, valiente, que tiene “huevos” y no teme pelearse en cualquier lado para probar su masculinidad. Este juego de afirmaciones masculinas debe ser probado en un “campo de batalla”. La posesión de los atributos que convierten a los sujetos en hombres “reales”, para los hinchas debe ser demostrada en la acción de *combate*.

Cuerpo e identidad de género: “Lomo de Macho”

La construcción de la corporalidad está relacionada con la estructuración de la identidad de género. El cuerpo de los sujetos tiene un papel principal en la identificación masculina, no sólo por poseer las cualidades sexuales, sino especialmente por convertirse en la herramienta de lucha en los *combates*.

Las identidades de género son formadoras de cuerpos socialmente diferenciados, que imponen a unos y a otros prácticas y usos corporales. El cuerpo es un producto social, espacio de manifestación y configuración de la identidad de género de los

nativos-participantes en actos violentos en el ámbito del fútbol. Los miembros de la *hinchada* de Colegiales, por medio y a través de un uso y una práctica corporal, se identifican con el universo masculino; esta identificación conlleva la creación de prácticas y representaciones del cuerpo en este particular universo. Las prácticas y usos corporales componen un “yo macho” diferente del “otro puto”; el cuerpo es la herramienta primordial en la construcción de esta identidad.

Los *pibes* conciben sólo a la práctica violenta como herramienta legítima de identificación de género; otras conductas corporales y los atributos físicos solamente no pueden establecer esta identidad. Una conducta corporal, como la forma de caminar, está relacionada con la identidad masculina pero no puede constituir el vínculo directo. Los hinchas caminan con el pecho hinchado, la frente en alto, el cuerpo erguido y moviendo sus extremidades; esta conducta corporal es masculina cuando el sujeto ha demostrado su *aguante* en un *combate*, si no es considerada falsa y objeto de burla.

El *aguante*, capital simbólico diferenciador de género, es un atributo corporal. En el *combate* los hinchas “ponen el cuerpo” para constituir su identidad. El enfrentamiento es concebido como una lucha cuerpo a cuerpo, “mano a mano”, donde se evalúan las habilidades de los participantes-luchadores. En las representaciones de los simpatizantes el papel del cuerpo en la práctica violenta tiene un valor sobresaliente. Por esta razón, satirizan a los adversarios caracterizándolos como “puto” cuando rehuyen de los enfrentamientos “mano a mano”. Una canción dirigida a una *banda* rival puede ejemplificar de buena manera lo aquí expresado, decía: “XXX dejá de mentirle a toda la gente/ entre nosotros sabemos que no vas al frente/ siempre te corre a vos la banda del Tricolor/ nunca te vimos pelear mano a mano, tiraste al lago un pendejo de 14 años/ después al bajo

volví/ y en los monoblock te corrí”. Pichu, un integrante de la hinchada, cuando relataba el enfrentamiento contra los hinchas de Dock Sud, señalaba su condición masculina ya que a sus adversarios “los cagué a piñas”. Pretendía así referirse a una actitud corporal en la que demostraba el conocimiento de las técnicas de lucha, ya que venció a sus adversarios en una pelea a golpes de puño; si el rival hubiese sido “cagado” a tiros o a piedrazos no podría señalar su condición de “macho”.

El ejercicio de la memoria, en el que recuerdan los *combates* victoriosos, pone sobre el tapete la posesión de los atributos de personalidad. Las cicatrices y marcas en el cuerpo testimonian la participación en los *combates* avalando los relatos donde los hinchas narran su performance en la lucha. Las cicatrices son la prueba material de la masculinidad otorgando veracidad a los relatos. Un hincha contaba un enfrentamiento ocurrido tiempo atrás; sus compañeros lo escuchaban atentos y respetuosos; el narrador señalaba una cicatriz en su párpado derecho, una “herida de guerra”, como prueba irrefutable de su participación en aquellos hechos. Las marcas en el cuerpo son signos que recuerdan el lugar que ocupan los sujetos dentro de un orden social.

Por otro lado, el cuerpo masculino se califica como resistente: el “macho” resiste las heridas ocasionadas en las prácticas violentas. El cuerpo debe soportar y tolerar el dolor; no evidenciar la vulnerabilidad de las heridas hacen al sujeto con *aguante*. Los integrantes de la *hinchada* no reconocerán el dolor ocasionado en una lucha contra grupos adversarios, porque al hacerlo reconocerían haber sido golpeados, aceptando que el contrincante conoce las técnicas de lucha. Tampoco reconocen el dolor ocasionado por los fuertes golpes que se propinan los integrantes de la *hinchada* durante los juegos de mano.

Los denominados juegos de manos, que comprenden todo tipo de puñetazos, patadas y cabezazos, son comunes entre los simpatizantes. En esta forma de entrenamiento, los hinchas se abofetean y se patean sin que haya una demostración de los sentimientos producidos por estos hechos. De la misma manera, cuando ruedan por las tribunas empujados por avalanchas o por saltos rítmicos hacia los costados que llevan a golpearse y en oportunidades caerse, a veces rebotando por varios escalones de la tribuna, producen golpes, pero no existe exteriorización de cualquier tipo de aflicción. En un partido jugado en Munro, un joven rodó por la tribuna al perder el equilibrio por un topetazo; al pararse su rostro se encontraba enrojecido, un golpe en la pierna izquierda le impedía pararse normalmente; sin embargo reía y saltaba en una pierna. La exhibición del dolor implica que el cuerpo no resiste, no *aguanta*. En pro de testimoniar la posesión del *aguante*, los *pibes* no manifiestan los sentimientos de dolor. Por eso mismo se ríen cuando sus nuca son cacheteadas en un juego bastante doloroso que se repite asiduamente en las tribunas.

El cuerpo de los hinchas cuando se enfrenta con las fuerzas policiales se presenta como resistente en un doble sentido. Por un lado, el cuerpo de los hinchas soporta la represión policial. Los golpes policiales, “los palos”, son tolerados gracias al *aguante*. Varias canciones se refieren a la actitud de soportar el dolor de los golpes propinados por las fuerzas de seguridad. Una estrofa dice: “aunque la policía siempre reprima allí estaré/ alentando a Colegiales/ soy de Munro y tengo *aguante*”. Esta canción exhibe la resistencia a los golpes policiales y manifiestan que estos no impedirán que la banda acompañe al equipo, ya que poseen el *aguante* para soportarlos. De la misma manera, otro cántico señalaba que los golpes policiales no impedirán que la *hinchada* acompañe al equipo a “todos lados”. Una estrofa decía:

“ya nos comimos un par de días presos y los palos de la yuta/ pero la banda siempre va a todos lados”. En este caso, el cuerpo resiste los maltratos policiales, el *aguante* se prueba ante los golpes, los “palos”, de la policía.

Por otro lado, en los enfrentamientos con la policía los contrincantes se encuentran en disparidad de condiciones. Los policías, provistos de cascos, escudos y uniformes reglamentarios, se enfrentan con los hinchas que con el torso desnudo y sin ningún tipo de protección “ponen el cuerpo” y soportan los “palazos de la yuta”. Unos ofrendan el cuerpo como herramienta de lucha y los otros están protegidos por aquellos administrativos. Por esta razón, los policías son catalogados como “putos” que temen apostar su cuerpo en un enfrentamiento.

El *aguante* es entendido como una técnica que transmite una especial utilización del cuerpo. Estas técnicas tienen un aprendizaje social basado en la repetición de las acciones, proceso de aprendizaje basado en la imitación de las acciones exitosas de sus compañeros. Mauss sostiene que las técnicas corporales son aspectos anatómicos, sociales y psicológicos que se transmiten oralmente, otorgando importancia al proceso de aprendizaje (Mauss 1974). Los miembros de la *hinchada* aprenden la técnica corporal de la lucha y la resistencia al dolor a través de la participación en los *combates*. Pero también a partir de los juegos de mano. El *aguante* no es una capacidad innata, sino que se perfecciona a partir de la ejercitación; el tiempo y la práctica permitirán el buen desarrollo de estas técnicas. Un cuerpo con *aguante* es producto del aprendizaje y no el resultado de una anatomía colosal, producto de una instrucción basada en la repetición de técnicas masculinas que posibilitan la identificación de género.

Luchando por la identidad

Los hinchas realizan una distinción entre discurso y práctica, distinción que remarca lo discursivo como imposibilitado de generar una identidad con el universo masculino si no es acompañado con un uso corporal en el que la violencia tiene un papel fundamental. Dal Lago y Moscati (1992) analizan el tema de la distinción realizada por los grupos de jóvenes italianos entre discurso y práctica. Los hinchas argentinos, a diferencia de los italianos, otorgan un lugar de extrema importancia a las prácticas. De hecho, el discurso no permite la identificación con lo masculino si no es acompañado de una práctica violenta. Las identificaciones que sólo tienen base en lo verbal aparecen ante los hinchas como falsas, son ilegítimas. El *aguante* permite franquear una masculinidad percibida como discursiva, imaginaria, irreal, transformándola en real. Los hombres crean distinciones entre ellos agregando la etiqueta de calidad “verdadero” y se interrogan para saber si merecen esa calificación (Badinter 1993). Entre los hinchas la etiqueta de “verdadero” se coloca a aquellos sujetos que son practicantes de hechos de violencia.

La diferencia creada por los hinchas entre discurso y práctica tiene como sentido reafirmar el valor legítimo de la práctica. No es hombre el que dice serlo sino el que lo ha probado, sólo es hombre el que ha participado de enfrentamientos. Los integrantes de la *hinchada* no practicantes de acciones violentas, los que abandonan a sus compañeros en el transcurso de un *combate*, no recibirán entradas de favor, no podrán viajar en los micros rentados por la *hinchada* o serán impedidos de concurrir a los partidos que juegue su equipo. Algunos integrantes ejercen el monopolio legítimo de la fuerza dentro de los límites del grupo, sancionando a sus compañeros que no participan de las acciones convertidas en “ley”.

Los miembros de la *hinchada* transforman la violencia en práctica de institución masculina; institución que los distingue de aquellos que nunca realizarán estas

acciones, acciones legítimas que separan los polos hombre/homosexual. Los actos de institución funcionan como acciones legítimas, “tienden a consagrar o legitimar, a desestimar en tanto que arbitrario y a reconocer en tanto que legítimo, natural, un límite arbitrario” (Bourdieu 1993). El hinchado instituido como “macho” está obligado a actuar a la altura de su identidad, nunca debe perder la oportunidad de probar su hombría.

La necesidad de los hinchados de ser considerados como hombres por sus pares y por los adversarios conlleva la práctica de acciones violentas; aquellos sujetos que son actores de prácticas machistas no pueden ser considerados por sus compañeros como “cagones”. A raíz de esta tajante distinción, los hinchados se sienten apremiados a actuar violentamente para no ser considerados por sus compañeros como “cagones”. Algunas formas de valentía tendientes a confirmar la virilidad, o sea con la meta de ser reconocidos como verdaderos hombres, “encuentran su principio, paradójicamente, en el miedo a perder la estima o la admiración del grupo” (Bourdieu 2000). El temor de ser excluidos del mundo de los hombres, de ser considerados como “putos” o “cagones”, los urge a actuar de forma violenta para probar su virilidad.

Aquellos hinchados que han demostrado su masculinidad a través de las prácticas violentas son incuestionables. Pitt-Rivers analiza cómo aquellos que poseen el honor “están por encima de las críticas”, ya que el “honor hace de garantía contra el deshonor, por la sencilla razón de que coloca a un hombre en una posición en que no se puede desafiar ni juzgar” (1980). A partir de la participación se transforman en sujetos que poseen actitudes ideales para el resto de los integrantes del grupo, sujetos cuyas actitudes son incuestionables, ya que en el “*combate*” han demostrado su masculinidad.

La memoria es un elemento esencial como constructor identitario. El ejercicio de selección del pasado posibilita recordar las luchas que prueban la masculinidad y olvidar aquellos enfrentamientos en los que han sido derrotados. Los relatos, los usos del pasado, también narran la forma en que la práctica debe ser llevada a cabo, reproduciendo y legitimando las acciones violentas. (Guber, 1994)

La práctica violenta como única herramienta legítima de identificación de género crea una competencia para saber cuál *hinchada* posee *aguante*, una competencia masculina que interpreta a todos los grupos rivales como la alteridad ante la que debe probar la identidad de género; exceptuando de esta regla las *hinchadas* “amigas”. Del Lago y Moscati (1992) analizaron algunas de las formas de competencia de los tifosi italianos; los grupos ultras compiten para conocer cuál tiene más convocatoria, cuál convoca más gente de visitante, cuál de los grupos alienta más. Este tipo de competencias también existe entre las *hinchadas* del fútbol argentino, dividiendo a los competidores en “amargos” y “fiesteros”. Armstrong (1999) manifiesta la existencia de competencias similares a las descubiertas entre las *hinchadas* del fútbol argentino entre los hooligans ingleses, dado que los grupos se desafían para saber quiénes son mejores peleadores.

Una reflexión a modo de conclusión

La violencia en el fútbol como práctica de identificación con el género masculino nos lleva a reflexionar si los hinchas reproducen las diferencias sociales entre lo normal y lo anómalo. La violencia en los enfrentamientos entre *hinchadas*, como disputa de un bien simbólico que diferencia al “hombre real” del no-hombre, no puede ser entendida como una simple reproducción de las diferencias que la sociedad impone entre lo normal y lo anormal. Podemos afirmar que la noción de masculinidad representada por los integrantes de la *hinchada* si bien delimita lo anómalo

(homosexualidad y status de transición) lo constituye sobre la base de prácticas y representaciones estigmatizadas (violentas), conformando una identidad de género diferente. Diferenciándose en las prácticas y representaciones que las constituyen y, por ende, en lo que delimita como ideal al género. Lo instituido como normal por los actores sociales investigados constituye la base de la identidad masculina distintiva de otras identidades masculinas. Asimismo, la conformación de la identidad aquí analizada no sólo delimita como anómala a la homosexualidad y el status de transición, sino también algunas prácticas y representaciones identitarias de otros géneros masculinos (los espectadores no violentos).

Podríamos entender que la elección de la violencia como la herramienta de identificación de género es parte de una disputa de sentidos entre sectores sociales contrapuestos. Cabe preguntarse, entonces: en tanto la identidad de género se constituye a través de prácticas y sentidos que la sociedad considera anómalas, como la acción violenta, si es o no un ejercicio de rebeldía o resistencia. En trabajos anteriores⁴ afirmábamos que la violencia en el fútbol no podía ser entendida como rebeldía si sólo es un ejercicio de reproducción de la dominación al interior de los dominados, con relación a la delimitación de los polos hombre-homosexual. Sin embargo, cuando los actores subordinados otorgan sentidos sociales (en este caso identitarios) a la práctica violenta puede ser comprendido como una jugada en la disputa de sentidos culturales con los sectores hegemónicos. No podemos afirmar que la elección de la práctica violenta es un acto de resistencia contra hegemónica, pero sí es un acto de disputa entre sectores sociales, disputas en torno a los significados del cuerpo, la violencia, el género, etc. Las prácticas identitarias de los sectores subordinados emergen como escenarios de conflictos culturales con los

sectores hegemónicos; escenario donde se vislumbra la lucha por la producción de significados de las prácticas y sus representaciones.⁵

Notas

¹ “La *hinchada*” es uno de los nombres nativos con que se identifican una parte de los simpatizantes del club, refiriéndose a los grupos organizados. El término “barras bravas” no será utilizado, debido a que contiene una carga valorativa que no queremos reproducir. Para referirnos a los grupos organizados de hinchas, utilizaremos los nombres nativos: como *hinchada*, los *pibes* o la *banda*.

² El Nombre del club y del barrio son los originales, pero el de los hinchas han sido cambiados para mantener el anonimato de los informantes.

³ Cuando comenta que su adversario, no tiene huevos, gesticula con las dos manos como si en ellas tuviese dos pelotas de tenis.

⁴ Cfr. Alabarces et al. (2000), artículo en el que participé como co-autor. El cambio de enfoque, aún tentativo, es producto del continuo desarrollo de nuestra investigación.

Bibliografía

Alabarces, Pablo et al. (2000). “*Aguante* y represión: Fútbol, violencia y política en la Argentina”, en Alabarces, Pablo (org.) *Peligro de gol: estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*. CLACSO, Buenos Aires.

Archetti, Eduardo (1985). Fútbol y ethos. FLACSO, Serie investigaciones, Buenos Aires.

(1992) “Calcio: un rituale di violenza?”, en Lanfranchi, Pierre (editor) *Il calcio e il suo pubblico*. Edizione Scientifiche Italiane, Nápoles.

Armstrong Gary (1999). *Football Hooligans*. Berg, New York.

Bourdieu, Pierre (1993). “Los ritos como actos de institución”, en Pitt-Rivers, Julian y Peristiany, J.G (eds.)(1993). *Honor y Gracia*. Alianza Universidad, Madrid.

(2000) *La dominación masculina*. Anagrama colección argumentos, Barcelona.

-
- Bromberger, C (1993). "Fireworks And the Ass", en Rehead, S. (ed), *The Passion and the Fashion. Football Fandom in the New Europe*. Aldershot, Ashgate.
- Dal Lago, A. y Moscati R. (1992). *Regalateci un sogno. Mito e realta del tifo calcistico in Italia*. Bompiani, Milano.
- Dunning, Eric (1992). "Reflexiones sociológicas sobre el deporte, la violencia y la civilización", en AA.VV. (1994) *Materiales de sociología del deporte.. Genealogía del poder/23*: Ediciones de la Piqueta, Madrid.
- Gil, Gastón (1998). "La construcción de la masculinidad en los cánticos de las *hinchadas* deportivas", Ponencia presentada en el Congreso de Ecuador 1999.
- Godelier, Maurice (1986). *La producción de grandes hombres*. Barcelona, Barcelona.
- Guber, Rosana (1994). "Hacia una antropología de la Producción de la historia". En: *Entrepasados IV* (6), pág. 23-32.
- Lamas Marta (1993). "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de 'género'", ponencia presentada en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y etnológicas, México, agosto de 1993.
- Mauss, Marcel (1974). *Sociología y Antropología*. Ed. Tecnos, Madrid.
- Nordstrom, Carolyn y Robben, Antonius (1995). "The Anthropology and Ethnography of Violence and Sociopolitical Conflict". In Nordstrom, Carolyn y Robben, Antonius (ed): *Fieldwork under Fire. Contemporary Studies of violence and Survival*. University of California Press, Berkeley.
- Pitt-Rivers, Julian (1980). *Antropología del honor o política de los sexos*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Scott, Joan (1990) "El género: una categoría útil para el análisis histórico", Amelang, James y Nash, Mary (1990). *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Edicions Alfons el Magnànim.